

## II

*Luz de la noche también está en España*

Abrió los ojos con la nariz pegada a los cristales del barco y el mar con toda su inmensidad se le metió por los ojos. Aquel descubrimiento le llevó a compararlo con las siembras de cebada de su pueblo en primavera cuando se bambolean con el viento. Las olas eran lo mismo pero el color no.

Miró a su alrededor. Su padre, su madre y Radia dormían retorcidos en los sillones azules. Por los pasillos del barco deambulaban con pasos inseguros y yendo de un lado a otro, muchos marroquíes con chilabas, gorros y babuchas. Los cristianos, sentados en las butacas, hablaban en un idioma mucho más suave que el suyo y pensó: "¿Así tengo que hablar yo?"

Dio una patada a su hermana.

—Eh, vamos a dar un paseo por el barco.

Olía a café y desde lejos vieron unas máquinas con botones de luces que echaban café con leche. Se pusieron en la fila para beberse uno. Al llegarles el turno, la camarera les preguntó:

—¿Tenéis dinero?

Los dos hermanos se miraron sin entender nada. La señorita insistió pero con el gesto universal del dinero. Lo comprendieron y se alejaron de la cafetería.

El barco dio un bandazo y les arrojó contra los cristales de los escaparates de la tienda de regalos. Se levantaron riendo y observando uno que tenía juguetes.

—Yo me pido ese coche —dijo Abderra-him.

—Y yo la cajita que tiene una bailarina en la tapa.

—¿Cuál?

—Esa que está junto a unos paquetes de tabaco.

—Ah, sí. ¡Vamos a cogerlos;

—¿Qué dices? —le dijo Radia asustada.

—¿Llevas media hora en España y ya te quieres ganar la primera paliza de papá?

Pasaron junto a dos puertas en las que había dos muñecos pintados, un hombre y una mujer. Olía a pis. Abderrahim asomó la cabeza y tiró de su hermana hacia dentro.

—Hay agua en esta taza. Vamos a lavarnos —le dijo el muchacho a Radia.

—Espera que huele mucho a orina.

—Pero si está limpia.

Radia le dio un cogotazo que le hizo desistir. Se miraron en el espejo y comenzaron a hacerse burla uno al otro. Debajo del cristal había un mando y Abderrahim no pudo resistir la tentación. Apretó y comenzó a salir agua. Quiso pararlo pero cuanto más apretaba, más agua salía. Su hermana, pensando que se podría desbordar e inundar todo el barco, intentó taponarlo con las manos. El grifo se convirtió en una fuente de aspersión que manchaba las paredes y la moqueta del suelo.

—/Ají, *imma habiba diali*; ¿Cómo te arreglarás para que todo lo que toques lo estropees? ¡Ayúdame, pon tus manos también! —le gritó Radia.

Cuantas más manos ponían, más chorros salían. Abderrahim abrió la puerta y salió corriendo seguido de su hermana. Llegaron colorados a las butacas de sus padres.

—¿Qué pasa? Abderrahim, ¿qué has hecho?

—Que ha apretado una cosa redonda de la que salía agua y no sabemos pararla —le dijo Radia.

—¿Dónde? ¡Vamos a ver!

Cuando llegaron al cuarto de baño del barco y abrieron la puerta, ya no salía agua del grifo.

—¡Anda, si ya no sale!

Mohamed, el padre, se sonrió. Pensó que poco a poco irían aprendiendo y les enseñó el funcionamiento.

Los cuatro de la familia circulaban en silencio camino de Madrid. Abderrahim y Radia, cada uno en una ventanilla, iban apoderándose de todas las imágenes recién descubiertas. El niño miraba la altura de los bloques de pisos y especialmente la cantidad y variedad de coches que circulaban por las carreteras. Radia se fijaba en las nuevas vestimentas, en las faldas que eran muy cortas y mostraban sin rubor alguno las piernas de las mujeres, todas iban sin cubrirse la cabeza y con los brazos al aire. "Ay madre, si mi abuelo viese todo esto, nos obligaría a volver al pueblo", pensó Radia.

Llegaron al Despeñaperros y realizaron la primera parada. Pasaron al bar y se sentaron en una mesa de un rincón. Mohamed pidió bocadillos de

tortillas y cuatro botellas de zumos. Abderrahim se incorporó y se dirigió con el bocadillo hacia el mostrador. Se quedó observando los embutidos y especialmente un jamón colocado sobre una tabla.

—Papá, ¿qué es esto?

—Una pierna de *jaluf*, de cerdo.

—¿Qué asco! ¿Comen los *nazzarani*, los cristianos, esta carne?

—Sí, y ellos dicen que está muy bueno.

—Solo de pensarlo me dan ganas de vomitar.

—Tú eres musulmán y desde pequeño estás acostumbrado a oír que el cerdo es un animal maldito y ellos no lo tienen prohibido.

—¿Por qué nosotros sí y ellos no?

—Nuestro libro sagrado, el *Koran*, cuenta que el Profeta Mahoma, cuando *Al-lah* le dictó nuestra religión, nos prohibió comer carne de cerdo porque este animal, en aquellos tiempos, se criaba entre las porquerías y a veces se alimentaba de ellas también. Podría transmitimos enfermedades y está bien no comerlo. Tengo un amigo cristiano que discute conmigo diciendo que hoy, los cerdos están en granjas, comen buena comida, están vigilados por veterinarios...

—¿Por quién?

—Sí, por médicos para animales.

—¿Los cristianos tienen médicos para los animales? —Abderrahim se reía imaginando que los cristianos o estaban locos o a él le faltaba mucho por aprender. Su abuelo curaba a la muía con emplastes de vinagre, a las vacas con hierbas del campo, a las ovejas con pócimas que hacía su tía Hafida, y sin problemas.

—Y... hay algunos musulmanes que lo comen y yo sé que eso es *jaram*, pecado, pero es su problema. Hay que ser tolerantes y sobre todo respetuosos. Es *Al-lah* quien nos tiene que juzgar y no los hombres.

—¿Tú has comido alguna vez?

Mohamed dudó unos segundos.

—No, yo nunca lo he probado. A veces me pregunto el porqué hay cosas que son pecado para unas religiones y no lo son para otras. La vida se encargará de enseñaros.

No había terminado su padre de dar explicaciones, cuando el chico se percató de un grupo de niños que jugaba en un rincón del restaurante con cuatro muñecos de Pokemon. Se acercó y se quedó contemplando los juegos

—¿Quieres jugar con nosotros?

—le preguntó el que parecía más decidido.

—¿Ah?

—¿Eres extranjero? Jugar, mira, así —le insistió el niño con gestos.

Abderrahim se sentó con ellos y pronto entendió que para los juegos casi no son necesarios los idiomas.

La familia se incorporó y el padre llamó al muchacho.

—¿Que nos vamos?

Se levantó, cogió dos muñecos y...

—Oye, que los muñecos son nuestros.

El chico intentó quitárselos de las manos y Abderrahim, creyendo que le iba a pegar, le lanzó un puñetazo en la cabeza. Rompió a llorar y acudieron sus padres.

—¿Qué pasa? ¿Quién te ha pegado? —los padres se volvieron hacia la familia de marroquíes.

Mohamed cogió los dos muñecos y se los dio al niño español.

—Perdonen, es que es la primera vez que está en España y él creía que se los regalaban. Perdonen, de verdad —les suplicó Mohamed.

Los padres españoles se retiraron con su hijo.

—Estos moros...

Los dos niños hicieron el resto del viaje dormidos. En el portal de la casa su padre les despertó.

—¿Eh, que estamos en casa!

Abderrahim venía soñando con sus amigos "Bocarrotá" y con Mohamed, el de los pies torcidos. Estaban subidos en un árbol observando los tres huevos del nido de verderón. "Bocarrotá" los quería coger para ver cómo estaban los pollitos por dentro. Abderrahim le había soltado dos guantazos para hacerle comprender que si los abría, se morirían los pajaritos. Cuando consiguió abrir los dos ojos, no vio árboles, nidos ni a sus amigos. Estaba en el centro de una plaza con jardín y rodeado de grandes bloques de viviendas. El poco cielo que veía le parecía mucho más gris.

—Ponte las zapatillas y no olvides que aquí no se anda descalzo. Coge las dos bolsas pequeñas —le dijo su padre.

—¿Cuál es nuestra casa?

—Esa, la de ahí arriba.

—¿Cómo vamos a subir?

—¡Espera!

Entraron en el ascensor y su padre apretó el

botón que indicaba el tercero. Abrió la puerta del piso y aunque su padre les explicaba cómo era la casa, los tres, la madre y los dos hijos, no escuchaban, miraban asombrados la cantidad de muebles, el suelo de madera, muchas camas, armarios, lámparas, la cocina con un montón de máquinas y luz eléctrica que solo habían visto una vez en Fez.

—Os voy a enseñar cómo funciona el cuarto de baño —les indicó el padre a los tres—. Esta taza es para hacer pis y para hacer caca.

—¿Qué? ¿Cómo nos tenemos que poner?

—le interrogó la madre.

—Es muy sencillo. Os sentáis y cuándo acabéis, os limpiáis con este papel y tiráis de aquí —les dijo señalando el botón de la cisterna—. Este es el grifo y ésta, la ducha, como el *hamman* nuestro pero más cómodo. Buscad vuestra habitación, tiene dos camas.

Abderrahim se quedó en el cuarto de baño. Apretó el botón de la taza, se asustó y estuvo a punto de salir corriendo. Abrió el grifo de la ducha y el del lavabo dejándolos abiertos. El sabía que, como el del bar, se cerrarían solos.

El padre oyó el ruido del agua.

—¿Quién ha dejado los grifos abiertos? ¡Que aquí se paga el agua!

—¡Yo! ¿No se cierran solos?

—No, tienes que girar a la derecha. ¡Y ponte las zapatillas!

Radia dio al interruptor de la televisión, esperó y se giró al ver que no salían imágenes. No había dado dos pasos, cuando la tele comenzó a hablar. Los dos hermanos se quedaron escuchando el mismo lenguaje que el de los niños del bar. Apareció un anuncio de colonia en el que una mujer en traje de baño, casi desnuda, se frotaba el cuerpo. Los dos agacharon la cabeza y Abderrahim se sonrió con picardía mirando de reojo a su hermana que tenía la cara como un tomate. Radia desconectó el aparato y salió del salón. Abderrahim, viéndose solo, volvió a conectarlo pero las imágenes eran de coches, de playas, de comidas y trenes. Encendía y apagaba sin cesar la tele buscando a la mujer del bañador pero no la consiguió encontrar. Se recostó sobre la pared y, de repente, se encendió la lámpara del salón.

—¡Radia, Radia, ven que aquí hay magia! Se ha encendido la luz sola.

Se movió y se apagó.

—¡Ay madre! ¿Lo ves?

Cada vez que cambiaba de postura, la lámpara se encendía o se apagaba. Le costó su tiempo percatarse que movía la llave con la espalda, la tenía detrás. A Mohamed le vinieron a la cabeza las mismas situaciones que él sufrió cuando llegó a España.

—Aicha, ven a la cocina. Vamos a preparar la cena que estos tienen que madrugar mañana para ir al colegio.

Bueno, ya empezamos, pensó Abderrahim, aquí también hay escuela. ¿Cómo sería el palo de los maestros españoles? Abrió la puerta y se metió en el ascensor. Le había gustado subir y bajar. Apretó el botón de la alarma, sonó el timbre y oyó un ruido de puertas que se abrían. Pulsó el número dos y salió corriendo hacia la puerta que él creía que era la suya. Llamó y salió una señora con los rulos puestos. Dio un paso hacia atrás y...

—¡Ahí va! Tú no eres mi madre

—¡Hola niño! ¿Eres extranjero? ¡Ah!, eres morito. Te has equivocado de casa. Ven que te subo a la tuya.

Fue a cogerle de la mano y Abderrahim escondió la suya.

—Ven, hombre, si no te voy a hacer nada.

Le hizo gestos con la mano y subió tras ella. Cuando se encontró en su casa, su padre le preguntó:

—¿De dónde vienes? ¿Qué has hecho ahora? Llevas dos horas aquí y ya empiezas. ¡Gracias señora!

—No pasa nada, no ha hecho nada malo, es que se ha equivocado de piso —le contestó la mujer aplacándole y posiblemente librándole de los primeros tortazos con sabor español.

—Cuando terminemos de cenar, os bañáis y a la cama. Mañana os llevaré al colegio para hacer la inscripción y para que lo conozcáis.

—Si hace dos días que me bañé —le replicó Abderrahim.

—Aquí os tenéis que bañar todos los días. Se hace rápido y con comodidad. No vayan a decir los españoles: "¡Qué sucios vienen estos moritos!" Tenemos que acostumbrarnos a su vida pero sin perder nuestras tradiciones, nuestra cultura, nuestra religión y demás cosas de Marruecos. Ya veréis, no es difícil. Además lavarse es bueno, no se desgasta la piel, seguro.

Ya en su habitación y cada uno en su cama, el

niño le dijo a su hermana:

—Radia, no me duermo. ¿Me puedo acostar contigo? Tengo miedo.

—¿De qué? Están papá, mamá y aquí está todo cerrado. Anda, vente.

Abderrahim se acurrucó y se abrazó a su hermana.

—Fíjate, estoy mirando por la ventana y solo veo otras ventanas. Allí veía las estrellas y hablaba todas las noches con ellas hasta que me dormía.

—¿Que hablabas con las estrellas? ¡Tú estás un poco loco! ¿Y de qué?

—Cuando era más pequeño y me costaba trabajo dormirme, mamá me decía que contase ovejas y así cogería el sueño. Al principio me dio resultado pero más tarde, observando el cacho de cielo que entraba por el ventanuco del dormitorio y como resultaba aburrido, me dije que no las iba a contar, las tendría, las estrellas serían mis ovejas. El cielo es como el prado grande que crece en primavera junto al río, pero aún más grande. En él pasta todo mi ganado. Las hay pequeñas, medianas y de mayor tamaño. Hay una que reluce más que las demás, le puse de nombre "Luz de la noche", y es la jefa, la que conduce a todas las demás. A partir de ella reconozco cada uno de los grupos que forman. Es que son como nosotros, tienen sus grupos de amigos. Hay algunas noches que se me pierden algunas, desaparecen sin darme cuenta, pero a los pocos días reaparecen buscando el calor de la manada. Son juguetonas, saltariñas, caprichosas. ¿Te has dormido?

—No, pero casi.

—Bueno, mira, hay dos grupos, uno más grande que otro, digo de mis ovejas, claro, que forman dos carros sin muías. Sí, parecen, según están colocadas, dos carros y en el extremo del más pequeño, ¿sabes quién está?

—¿Quién?

—"Luz de la noche". Es chula, de verdad.

Siempre me señala Ketama, allá en los montes. Cuando el tío Mimún iba a trabajar a Ketama, la abuela le decía: "Ten cuidado, no te pierdas" ¡Qué tonta! Solo con mirar a "Luz de la noche" sabría ir y volver.

Abderrahim miró con el rabillo del ojo a su hermana y vio que ya se había dormido. Le dio una patada.

—Jo, déjame dormir.

—Si ya acabo. Un día, bueno una noche, desaparecieron todas mis ovejas y estuve esperando horas y horas. Buscaba hacia Ketama y "Luz de la noche" no aparecía, miraba hacia el río y tampoco, ni las pequeñas ni las grandes. ¿Sabes lo que pasó? Me di cuenta después de un buen rato.

—¿Qué?

—Pues que había nubes, el cielo estaba completamente nublado. Claro, las ovejas también duermen y se meten en los apriscos. Las nubes son las sábanas con que se quita el frío mi ganado.

Miró otra vez a su hermana y se había vuelto a dormir. Ya no quiso despertarla. Se levantó y miró a través de la ventana de su habitación. Nada, solo otras ventanas y ropa tendida. Sacó la cabeza al exterior y miró hacia abajo. ¡Qué altura! Estaba más cerca de ellas y no conseguía localizarlas. Levantó el cuello y, por encima del último piso, aparecieron mirándole de la misma forma que en Marruecos. Apoyó los codos en el alféizar y las contó. Sí, allí estaba "Luz de la noche" y parecía que le sonreía. Abderrahim no entendía cómo siendo tan pequeñas podrían haber llegado al mismo tiempo que él a España. ¿En qué viajarían? Tampoco le importaba mucho porque lo más importante es que estaban con él y podría jugar con ellas todas las noches que no tuviese sueño.

Continuó recostado en la ventana hasta que sintió frío en los brazos. Volvió a la cama, a su cama, y se arropó con la sábana. El miedo había desaparecido y el sueño le venía de camino.

